

# Juventud y crisis: ¿hacia una generación perdida?

Ciro Murayama

Profesor de la Facultad  
de Economía, UNAM  
<<ciomurayama@yahoo.com>>

La demografía mexicana de inicio del siglo XXI ofreció una de las mejores oportunidades que el país haya conocido en su historia en términos de potencial de crecimiento económico: una reducción significativa de la tasa de dependencia poblacional permitiría que el grueso de los habitantes se ubicara en las edades productivas. Se trata del llamado bono demográfico que, como toda oportunidad, puede ser o no aprovechada y que, además, es transitoria.

El desempeño económico que ha acompañado a la coyuntura histórica del bono demográfico se caracteriza por el bajo ritmo de expansión de la actividad así como por una profundización del desequilibrio estructural en el mercado de trabajo en México, donde la población económicamente activa crece sistemáticamente a una velocidad superior a la de la creación de empleos formales (Murayama, 2009). Este panorama se agrava con la crisis económica que inició en 2008.

La presente nota tiene el propósito de exponer cómo la oportunidad de desarrollo que representa la llegada de millones de jóvenes a la edad productiva, en un escenario de lento crecimiento de la economía conjugado con una deficiente trayectoria escolar en la educación media superior que limita la cobertura educativa a nivel superior, puede acabar por convertirse en un severo problema de exclusión temprana de las generaciones que llegan a la edad adulta en la segunda década del siglo. Lo anterior supone efectos de una prolongada y permanente marginación económica y social, lo que pone en riesgo no sólo los objetivos de equidad y cohesión social que deben inspirar toda aspiración genuinamente nacional, sino la misma capacidad de convivencia armónica en el México de los próximos años. La idea central es que la inclusión de las generaciones de jóvenes es un asunto de seguridad nacional, que debe atenderse a través de medidas de política económica y social.

## Más de veinte millones de nuevos adultos

De acuerdo con las proyecciones demográficas que realiza el Consejo Nacional de Población (CONAPO), entre 2010 y 2019 en México llegarán a cumplir 18 años veinte millones y medio de personas (cuadro 1).

<b>Cuadro 1</b>	
<b>Población de 18 años en México, 2010-2019</b>	
Año	Personas
2010	2 078 867
2011	2 073 890
2012	2 063 890
2013	2 052 986
2014	2 044 570
2015	2 039 234
2016	2 023 404
2017	2 021 482
2018	2 056 171
2019	2 081 766
Total	20 536 260

Fuente: elaboración propia a partir de CONAPO.

Si se considera el universo de adultos jóvenes que habrá cada año en el país durante esta década (cuadro 2), se obtiene un promedio de 23.15 millones de personas entre los 18 y los 29 años, de tal suerte que México tendrá el desafío y la oportunidad de ofrecer salud, educación y empleo a esa población en edad de estudiar, trabajar y producir riqueza. El devenir de la década en curso, así como el tipo de economía y sociedad que se labren para las décadas ulteriores va a depender, críticamente, del tipo de experiencia juvenil que vivan estos millones de mexicanos que conformarán a buena parte de los ciudadanos de que disponga el país en la primera mitad del siglo xxi.

**Cuadro 2**  
**Jóvenes adultos en México 2010-2019**

Edad\Año	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018	2019
18	2 078 867	2 073 890	2 063 890	2 052 986	2 044 570	2 039 234	2 023 404	2 021 482	2 056 171	2 081 766
19	2 048 997	2 052 873	2 048 063	2 038 299	2 027 644	2 019 451	2 014 296	1 998 776	1 996 994	2 031 376
20	2 014 707	2 023 572	2 027 499	2 022 856	2 013 325	2 002 918	1 994 946	1 989 972	1 974 757	1 973 115
21	1 986 048	1 990 347	1 999 194	2 003 175	1 998 697	1 989 395	1 979 230	1 971 473	1 966 679	1 951 761
22	1 955 116	1 963 001	1 967 325	1 976 162	1 980 200	1 975 884	1 966 803	1 956 872	1 949 326	1 944 706
23	1 921 010	1 933 617	1 941 470	1 945 824	1 954 656	1 958 755	1 954 595	1 945 728	1 936 021	1 928 678
24	1 886 494	1 901 200	1 913 712	1 921 539	1 925 927	1 934 761	1 938 923	1 934 916	1 926 253	1 916 761
25	1 859 569	1 868 392	1 882 982	1 895 410	1 903 219	1 907 644	1 916 488	1 920 715	1 916 855	1 908 386
26	1 833 194	1 843 054	1 851 824	1 866 313	1 878 669	1 886 467	1 890 932	1 899 792	1 904 085	1 900 368
27	1 806 793	1 818 172	1 827 988	1 836 713	1 851 114	1 863 409	1 871 202	1 875 709	1 884 591	1 888 952
28	1 780 857	1 793 137	1 804 487	1 814 268	1 822 956	1 837 281	1 849 526	1 857 320	1 861 872	1 870 780
29	1 754 393	1 768 426	1 780 696	1 792 025	1 801 779	1 810 440	1 824 700	1 836 905	1 844 705	1 849 304
Total	22 926 045	23 029 681	23 109 130	23 165 570	23 202 756	23 225 639	23 225 045	23 209 660	23 218 309	23 245 953

Fuente: elaboración propia con datos de CONAPO.

## Oportunidades educativas: sólo uno de cada tres

Una pregunta pertinente para conocer cómo llegan los mexicanos a la edad de ciudadanía consiste en indagar su ubicación –o la exclusión– en la educación superior. De acuerdo con estimaciones hechas por Germán Álvarez Mendiola (2006: 386), por cada cien niños que iniciaron la educación primaria en el ciclo escolar 1990-1991, la terminaron 80.04 en 1995-96; 69.38 ingresaron a la secundaria (1996-97) y la culminaron 52.81 (en 1998-99); a la educación media superior entraron 49.12 (en 1999-2000) y egresaron de ella 28.15 (en 2001-2002), y nada más 21.64 por cada 100 que iniciaron la primaria doce años antes consiguieron acceder a estudios superiores, lo que representa 547 191 alumnos de primer ingreso a la licenciatura universitaria y normal en el ciclo escolar 2002-2003.

Como se aprecia, existe un filtro a lo largo del sistema educativo mexicano que hace que el porcentaje de personas de entre 25 y 34 años que han acudido a la educación media superior sea de 38%, mientras que el promedio en los países de la OCDE resulte de más del doble, de 78%; aunque el rezago también es significativo frente a países de desarrollo similar al nuestro, como Chile, donde 64 de cada cien habitantes de entre 25 y 34 años han asistido a educación media superior (OCDE, 2008: 43).

Para 2008, la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) dio cuenta de un acceso a licenciaturas universitarias y tecnológicas de 580 mil alumnos de nuevo ingreso. Es decir, un aumento frente a 2002 de 6%, lo que implica que la oferta de licenciatura de primer ingreso se expande a un ritmo de uno por ciento al año.

Un ejercicio a partir de los datos anteriores, suponiendo una mejoría de la eficiencia terminal en los diferentes niveles educativos que permitiese que 30% de los integrantes de una cohorte de 18 años haya culminado el bachillerato, arroja cifras preocupantes, de casi un millón y medio de jóvenes que, cada año, llegarán a la edad adulta sin haber permanecido hasta ese momento en las instituciones educativas. Lo anterior implica que sólo en esta década podrá haber 14 millones 375 mil muchachos que lleguen a la edad de cursar estudios universitarios sin ninguna posibilidad de hacerlo porque carecerán del grado académico previo que se requiere para el ingreso a la formación profesional (véase cuadro 3).

Los datos de la Encuesta Nacional de Juventud de 2005, indican que de los jóvenes que no acuden a la escuela, 42% lo hace porque tuvo que ponerse a trabajar, mientras que 30% dejó la escuela por falta de interés. Este dato expresa dos tipos de problemas que se sobreponen: las dificultades económicas de las familias mexicanas para mantener a sus hijos en el sistema educativo cuando pueden contribuir a incrementar el número de perceptores de ingreso en el hogar (la Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares 2008 evidenció un aumento en el número de perceptores por hogar respecto a 2006), así como un deterioro en la valoración que los alumnos hacen hacia su formación educativa. La educación media superior es, así, por diversos factores, el gran cernidor educativo de México. La deserción escolar en este nivel es cercana a 43%, de tal manera que de mantenerse ese patrón la exclusión educativa de los jóvenes se mantendrá como un rasgo característico de la ausencia de oportunidades de desarrollo en el país.

En la educación hay un problema de abandono temprano. Como se ha visto, ello se debe a las dificultades económicas de los hogares de los adolescentes para costearles

estudios, así como a su necesidad de trabajar y, también, a la pérdida de legitimidad de la escuela como vía de movilidad social a los ojos de los jóvenes. Para muchos de ellos, la escuela representa sólo “aburrimiento”, como se desprende de distintas encuestas a la juventud. Es decir, la escuela no despierta expectativas sobre el futuro, tampoco ganas de aprender o sentido de pertenencia. A los problemas económicos de las familias mexicanas se superponen las deficiencias del propio sistema educativo, que arroja un saldo de deserción temprana que es la antesala a la vulnerabilidad de los jóvenes y de su exclusión permanente. Un elemento adicional que cruza las decisiones inmediatas –con consecuencias duraderas– de los jóvenes es el cambio en la conformación de sus valores. En palabras de Saraví: “El consumo adquiere cada vez mayor preeminencia como valor y eje de la vida individual y social e incluso como factor clave de integración-exclusión, al mismo tiempo los jóvenes –en particular los más desfavorecidos– perciben que la escuela no presta utilidad en este sentido” (Saraví, 2009: 66).

En lo que se refiere al acceso a la licenciatura, a lo largo de la presente década es factible que disminuya el número de estudiantes excluidos por exceso de demanda frente a la oferta existente. Ello si se hace un ejercicio de proyección que incorpore los siguientes supuestos: que 30% de los jóvenes de 18 años termina su bachillerato y que se mantenga una expansión media de uno por ciento anual en la oferta de de primer ingreso a la licenciatura. El cuadro 3 muestra que hacia 2014 podría darse dicho encuentro entre oferta y demanda. Caben dos advertencias al cálculo recién hecho: no todos los alumnos que entran a la licenciatura son jóvenes que recién concluyen el bachillerato, sino que también se inscriben personas que pudieron culminar su educación media superior con anterioridad; por otra parte, el fenómeno de los rechazados de la educación superior pública no desaparecerá en virtud de que una persona realiza varios exámenes de admisión –incluso en la misma institución educativa–, de tal suerte que el número de aspirantes puede superar el de jóvenes egresados del bachillerato, y es preciso tomar en cuenta que más de un tercio de la oferta de la licenciatura recae en el sector privado, lo que hace que la demanda hacia el sector público crezca en épocas de crisis económica y contracción del ingreso familiar.

**Cuadro 3**  
**Estimación del perfil educativo de los jóvenes de 18 años y de la oferta de primer ingreso a licenciatura, 2010-2019**

Año	Jóvenes 18 años	Sin bachillerato	Jóvenes con bachillerato (A)	Oferta educativa primer ingreso a licenciatura (B)	(B-A)
2010	2 078 867	1 455 207	623 660	591 658	-32 002
2011	2 073 890	1 451 723	622 167	597 575	-24 592
2012	2 063 890	1 444 723	619 167	603 550	-15 617
2013	2 052 986	1 437 090	615 896	609 586	-6 310
2014	2 044 570	1 431 199	613 371	615 682	2 311
2015	2 039 234	1 427 464	611 770	621 839	10 068
2016	2 023 404	1 416 383	607 021	628 057	21 036
2017	2 021 482	1 415 037	606 445	634 337	27 893
2018	2 056 171	1 439 320	616 851	640 681	23 830
2019	2 081 766	1 457 236	624 530	647 088	22 558
Total	20 536 260	14 375 382	6 160 878	6 190 052	29 174

Fuente: elaboración propia a partir de INEGI.

En total, a lo largo de la década 6.2 millones de personas podrán ingresar a la educación superior –una persona por cada 20 habitantes del país–. A la par, los jóvenes nacidos entre 1992 y 2001 que de mantenerse las tendencias actuales no conseguirán alcanzar doce años de escolaridad sumarán 14.4 millones de personas.

Así, para las generaciones jóvenes, protagonistas de las primeras décadas del siglo XXI se configura una primera gran división en tercios, donde dos de cada tres habrán vivido la exclusión escolar antes de llegar a la edad adulta.

Es oportuno agregar que la exclusión será más aguda, y temprana, en función del nivel de ingresos de la familia a que pertenezca cada joven. Álvarez Mendiola (2006) estimó, para el inicio del siglo, que si el promedio de escolaridad de los jóvenes de 25 años en México era de 6.25 años, ese indicador caía hasta los 2.14 años para los jóvenes pertenecientes al decil de menores ingresos y que, en contraste, los del decil más alto alcanzaron los 12.13 años de escolaridad. Esta observación es coincidente con la de otras investigaciones (Saraví, 2009) que sugieren que si para la CEPAL es necesario un mínimo de 12 años de educación para escapar de la pobreza, México aún está lejos de ese promedio y que la desigualdad también se expresa en la educación y en la diferencia en el número de años cursados, pues mientras 63.2% de los jóvenes de entre 20 y 24 años pertenecientes al quintil de mayores ingresos tiene terminada la secundaria, sólo la concluyó 12% de los muchachos de esa edad pertenecientes al quintil de menores ingresos.

Por lo hasta ahora visto, la educación no se está convirtiendo en un igualador social ni en un espacio para la cohesión. Al contrario, una educación superior a la que llegará en el mejor de los casos sólo uno de tres jóvenes y en la que uno de cada tres que estudia tiene que costear con recursos familiares su educación, se va convirtiendo en un reproductor de las asimetrías preexistentes en las oportunidades de la población, sobre todo si la propia escuela va perdiendo legitimidad ante los propios jóvenes.

## **Empleo: la generación desperdiciada**

Las tasas de participación económica de los jóvenes en México en los últimos años se sitúan en niveles que rebasan 60% para las personas de entre 20 y 24 años de edad, y alcanzan 70% para quienes tienen entre 25 y 29 años. Así, en promedio entre 6 y siete de cada diez jóvenes busca incorporarse al mercado de trabajo. Como muestra el cuadro 4, esas cifras han sido estables en los últimos años y sólo en 2009 se presenta una ligera disminución que puede atribuirse al efecto desánimo (percepción de que no se va a encontrar un empleo u ocupación aunque se busque) producto de la crisis económica que implicó un descenso del Producto Interno Bruto nacional de 6.5% en 2009.

Cuadro 4 Tasas de participación actividad de los jóvenes en México, 2005-2009 (en porcentajes)			
Año	14 a 19 años	20 a 24 años	25 a 29 años
2005	31.7	60.5	70.1
2006	32.6	61.3	70.6
2007	32.1	61.5	71.0
2008	32.3	62.0	71.5
2009	30.1	60.4	72.0

Fuente: elaboración propia a partir de INEGI.

De mantenerse las tendencias registradas, puede estimarse cuál puede ser el incremento de la oferta de fuerza de trabajo en México para los años 2010 a 2019. Si se toma el promedio de participación de los últimos cinco años, se obtiene que la participación de las personas de 14 a 19 años es de 31.74%, de 61.11% para las de entre 20 y 24 años y de 71.04% para las de 25 a 29 años. De aquí que, al conocer el número de jóvenes que habrá a lo largo de esta década, pueda estimarse el número de personas de esas edades que serán parte de la población económicamente activa.

Cuadro 5 Estimación de la PEA joven en México 2010-2019. Miles de personas										
Año	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018	2019
<b>Población total de jóvenes</b>										
14 a 19 años	12 608	12 570	12 513	12 458	12 451	12 481	12 408	12 251	12 033	11 761
20 a 24 años	9 763	9 812	9 849	9 870	9 873	9 862	9 834	9 799	9 753	9 715
25 a 29 años	9 035	9 091	9 148	9 205	9 258	9 305	9 353	9 390	9 412	9 418
14 a 29 años	31 406	31 473	31 510	31 533	31 581	31 648	31 595	31 441	31 198	30 894
<b>Población joven perteneciente a la PEA</b>										
14 a 19 años	4 003	3 991	3 973	3 955	3 953	3 963	3 939	3 890	3 820	3 734
20 a 24 años	5 967	5 997	6 019	6 032	6 034	6 027	6 010	5 989	5 961	5 937
25 a 29 años	6 419	6 459	6 499	6 539	6 577	6 611	6 645	6 671	6 687	6 691
14 a 29 años	16 389	16 446	16 491	16 527	16 564	16 600	16 594	16 550	16 468	16 362

Fuente: elaboración propia a partir de CONAPO e INEGI.

En total, más de 16 millones de jóvenes, cada año, estarán trabajando o dispuestos a trabajar. Esa cifra representa más de 100% de los empleos formales hoy existentes en México (cuadro 6). Asimismo, la dinámica del mercado de trabajo durante la década previa puede evidenciar hasta qué punto la expansión de la oferta de trabajo supera la creación de empleo de calidad (llegaron 5.7 millones de mexicanos a la población activa y se crearon sólo 1.4 millones de ocupaciones afiliadas a la seguridad social), lo que incrementa la expansión de la informalidad y de la población en situación de desempleo abierto.

**Cuadro 6**  
Tendencias de oferta y demanda de trabajo en México, 2000-2009. Miles de personas

Año	PEA	Ocupados	Desocupados	PEI	Población en edad de trabajar	Tasa desempleo %	Afiliados al IMSS
2000	39 998.80	39 342.10	656.7	31 846.40	71 845.20	1.60	12 606.80
2002	40 822.50	40 043.70	778.8	34 047.60	74 870.10	1.90	12 435.70
2004	42 924.60	41 843.80	1 080.80	34 343.80	77 268.40	2.50	12 539.30
2006	43 524.50	42 147.80	1 376.70	31 032.40	74 556.90	3.20	13 442.80
2007	44 411.90	42 906.70	1 505.20	31 339.30	75 751.20	3.39	14 144.60
2008	45 460.00	43 866.70	1 593.30	31 524.50	76 984.50	3.50	14 435.60
2009	45 709.40	43 344.30	2 365.10	33 009.00	78 718.30	5.17	13 992.50
Diferencia absoluta	5 710.60	4 002.20	1 708.40	1 162.60	6 873.10	4	1 385.70
Diferencia relativa	14%	10%	260%	4%	10%	223%	11%

Fuente: elaboración propia a partir de INEGI y STPS.

La escasez de empleo formal hace que la experiencia laboral de los jóvenes sea insatisfactoria, que en vez de representar el inicio de una carrera laboral se convierta en una situación de frustración continua y duradera, por lo que la incorporación al mercado de trabajo no está ayudando a la construcción de la identidad y la autoestima juvenil. Lo anterior, sobre todo, en los más desfavorecidos, quienes “luego de las primeras experiencias laborales, comienzan a percibir la precariedad de su empleo y las escasas posibilidades de obtener otros mejores. No es que al principio no hayan estado conscientes de ella, sino de que una situación que parecía transitoria se visualiza ahora como una condena... Las expectativas se desplazan fuera del trabajo en sí, que se convierte casi en un mal necesario” (Saraví, 2009).

El ritmo de creación de empleo de la década previa, con un promedio de 140 mil puestos de trabajo formales al año, es insuficiente para dar cabida a los jóvenes que continuarán llegando al mercado laboral en los próximos años. De los veinte millones de jóvenes que accederán a la edad adulta entre 2010 y 2019, y que en algún momento podrán incorporarse a la actividad (70% de ellos en promedio, unos 14 millones), si acaso uno de cada diez podrá contar en algún momento con un contrato de trabajo que cuente con todas las prestaciones de ley (1.4 millones).

Nueve de cada diez jóvenes trabajadores engrosarán las filas del autoempleo, la informalidad, el empleo precario o el desempleo, con alta probabilidad de dibujar una trayectoria laboral inestable que combine ese conjunto de situaciones de continua entrada y salida de la ocupación de baja calidad.

## Bibliografía

- Álvarez-Mendiola, G. (2006), "Lifelong Learning policies in Mexico: context, challenges and comparisons" in *Compare: A Journal of Comparative and International Education*, Volume 36, Issue 3 September 2006, pages 379 – 399.
- Instituto Mexicano de la Juventud (2005), *Encuesta Nacional de Juventud*, México.
- Jorge Bartolucci, J. (2008), "Cobertura y calidad de la educación media superior en México", ponencia en V Encuentro Nacional y II Latinoamericano: La Universidad como objeto de investigación, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires-Facultad de Ciencias Humanas.
- Murayama, C. (2006), "México 2000-2006: La economía estancada" en Sánchez Rebolledo, A., *¿Qué país nos deja Fox? Los claroscuros del gobierno del cambio*, Editorial Norma, México.
- Saraví, G. (2009), "Juventud y sentidos de pertenencia en América Latina: causas y riesgos de la fragmentación social" en *Revista de la CEPAL*, núm. 98, agosto.

## A modo de conclusión

En los años que corren México tiene el mayor número de personas jóvenes que alcanzará en su historia, por lo que resulta fundamental atender a esta numerosa generación durante esa etapa clave de su vida, incluso en tiempos como los de la profunda crisis económica en curso, que puede erosionar aún más las condiciones de desarrollo de los jóvenes y cerrar, desde ahora, su futuro y el de este barco colectivo que es México.

En este ensayo se documentaron los problemas de inclusión al mercado de trabajo y al sistema educativo, que ocurren en un momento de importante cambio demográfico y en un escenario de pobreza creciente, desigualdad persistente y crecimiento económico exiguo.

Los jóvenes excluidos de la escuela y de la ocupación (que no estudian ni trabajan, la generación "ni-ni") desarrollan una experiencia vital de desafiliación institucional. Pero se trata de jóvenes con deseos de consumo. De ahí que la escuela y el trabajo compitan con otras alternativas de ingreso. Como afirma Saraví: "La participación de los jóvenes en actividades delictivas y violentas nos habla de un escenario de sentidos en crisis e instituciones incapaces de interpelar a los sujetos. En este contexto surgen vías alternativas que no sólo se equiparan con la escuela y el trabajo, sino que para los grupos más desfavorecidos comienzan a tener ciertas virtudes". Si las apreciaciones y advertencias de la reflexión de Saraví son correctas, es urgente reconocer que no hay mejor política de seguridad pública ni estrategia anticrimen que la inclusión social de los jóvenes que hoy pueblan nuestras calles. No hay que recortar el gasto, hay que ampliarlo para ellos.

Mientras México no crezca y genere oportunidades de educación y ocupación formal crecientes, nuestros vastos contingentes juveniles seguirán corriendo el riesgo, y con ellos toda la sociedad, de ser un amplio ejército delincencial de reserva.